

DIARIO DE CAMPO

EN UNA ESQUINA DE
TEPITO

Jovani J. Rivera Gutiérrez

Sergio Aguayo Quezada
Coordinador académico

EL COLEGIO DE MÉXICO

EN UNA ESQUINA DE TEPITO

DIARIO DE CAMPO

Jovani J. Rivera Gutiérrez

Sergio Aguayo Quezada

Coordinador académico

Documento de trabajo del Seminario sobre Violencia y Paz

de El Colegio de México



CONSEJO PARA PREVENIR Y
ELIMINAR LA DISCRIMINACIÓN
DE LA CIUDAD DE MÉXICO
COPRED



EL COLEGIO | Seminario sobre
DE MÉXICO | Violencia y Paz

ÍNDICE

Introducción	5
Nota 1	10
Nota 2	20
Nota 3	38
Nota 4	43
Nota 5	50
Nota 6	57
Nota 7	59
Nota 8	70
Nota 9	77
Conclusiones	81

Introducción

Al inicio de 2017 me integré a un proyecto del Seminario de Violencia y Paz de El Colegio de México, auspiciado por el Consejo para Prevenir y Eliminar la Discriminación de la CDMX, para llevar a cabo una serie de entrevistas en profundidad que permitieran hacer inteligibles los problemas de violencia y discriminación que vivían los habitantes de la delegación Cuauhtémoc, así como las redes que éstos hacían funcionar para tratar de solucionarlos. Vale la pena señalar que tales redes son complejas y rebasan muchas de las divisiones tajantes que los especialistas utilizamos para analizarlas. En las calles, la frontera entre lo formal y lo informal, lo público y lo privado, lo legal y lo ilegal se torna difusa, se construye y negocia constantemente. Este proceso involucra a actores, grupos e instituciones cuyas posiciones muchas veces pueden ser consideradas ambiguas, cuando no verdaderamente contradictorias. En esos casos, un policía en uniforme no es sólo ni siempre la autoridad, tampoco es sólo ni siempre un ciudadano, ambos roles se mezclan de forma compleja.

En las reuniones de planeación del proyecto se sugirió desde el inicio la posibilidad de realizar una entrevista en Tepito, por ser uno de los espacios más emblemáticos de la demarcación, sobre todo en lo que toca a cuestiones de

inseguridad y violencia. Por ser nativo del barrio, la propuesta se antojaba como un reto personal y profesional. Como etnógrafo me debatía entre dos ideas: la primera era que encontrar al informante indicado podría convertirse en un problema porque en el diálogo tendría que abordar temas que en general se consideran delicados; la segunda, que los métodos que ya conocemos para hilvanar redes de confianza y conseguir informantes han demostrado ser efectivos incluso en contextos en los que no se espera que las personas quieran colaborar —y para darnos una idea basta mirar el variopinto de temáticas poco usuales que se han trabajado durante los últimos años en nuestro país.

Fue por medio de un amigo de mi familia que conocí a Iván. Un hombre de edad madura del barrio que pasaba sus días en una esquina que, en sus propias palabras, se dedicaba a “hacer mandados”. Con el paso de los días, lo que parecía una fórmula sencilla (y casi eufemística) fue cobrando una importante densidad. Las actividades de Iván eran múltiples e incluían cuidar carros, gestionar desperdicios o realizar favores cotidianos, y se imbricaban continuamente con la venta de estupefacientes en pequeñas cantidades; fungía como un enlace entre los compradores potenciales y las narcotiendas del barrio. En su labor, por lo general no se encontraba solo, y no únicamente porque hubiera otros personajes de la esquina conviviendo con él en sus espacios de trabajo y ocio, sino porque hay indicios para pensar que esquinas como la que

fue objeto de observación en el barrio de Tepito se han multiplicado en los intersticios de la Ciudad de México.

La relación con Iván fue en cierto sentido contradictoria; por una parte, se mostraba interesado en el proyecto y decía ser la persona indicada para colaborar, porque nadie en la esquina podría proporcionar relatos como los que provenían de su experiencia; por otra parte, parecía prácticamente imposible que pudiéramos llevar a cabo una entrevista en profundidad a la usanza tradicional. Iván siempre estaba haciendo algo o a punto de hacerlo, desapareciendo con sigilo o bien ilocalizable, cumpliendo alguna encomienda particularmente delicada. Fue así que aquello que idealmente se había pensado como una entrevista larga, de entrada y salida en el barrio, se convirtió en una serie de visitas.

Suelo llevar un pequeño diario de campo con los pormenores de cada investigación y mis encuentros con Iván no fueron la excepción; fue así como se creó este documento. En la tradición etnográfica, los diarios no suelen ser, como tales, material publicable, más bien son la materia prima con la que el especialista tiene que trabajar para producir sus análisis e interpretaciones. El motivo de que yo u otros lectores directamente involucrados en el proyecto pensemos que este diario vale la pena, sin demasiado preámbulo teórico, es el clima que se vive en nuestro país. Todos los días nos encontramos con

testimonios de cómo la violencia avanza a un paso inclemente (sobre todo la que se relaciona con el negocio de la droga), pero pocas veces la vemos operar en la vida cotidiana, con sus pequeñas situaciones violentas y corrupciones, con sus bromas y risas, con una gama amplia y compleja de emociones que permiten mostrar que son personas de carne y hueso las que están inmiscuidas en todas las relaciones sociales (incluso las que preferiríamos evitar).

En ese sentido, el diario de campo demostró ser una herramienta invaluable, que me ayudó a hacer inteligibles los gestos, los sonidos, las sensaciones, de una forma en la que no habría podido hacerlo nunca con una grabadora, mucho menos en un contexto como en el que me encontraba investigando, donde incluso una diminuta grabadora de audio (como las que los avances tecnológicos y el mercado nos permiten adquirir en la actualidad) podía vivirse como intrusiva, poniéndome en riesgo a mí o a mis informantes; ni qué decir de algún tipo de cámara fotográfica o de video. En todo caso, la principal grabadora en esta serie de intervenciones fue el etnógrafo, sus sentidos y, por supuesto, su subjetividad.

No sobra decir que todos los nombres que aparecen en este documento fueron modificados, así como algunas situaciones y lugares, en aras de cumplir dos acuerdos que permitieron llevar a cabo la breve investigación: 1) que las identidades de todos los participantes serían protegidas con el

anonimato y 2) que los fines de la producción de este documento son estrictamente académicos y su propósito es hacer visible un terreno que debe seguir siendo explorado: la dimensión subjetiva del actual contexto de inseguridad y violencia relacionado con el narcotráfico. Este documento constituye tan sólo un pequeño aporte a esa conversación académica.

Jovani J. Rivera

Ciudad de México, 30 de abril de 2018

Nota 1

Tepito, Ciudad de México, miércoles 7 de junio de 2017

El Pelón es un amigo de mi familia materna y trabajó cerca de diez años como franelero¹ en una esquina que se encuentra justo en el extremo oriente del tianguis más famoso de la Ciudad de México. Si alguno de mis conocidos podía conseguir a alguien para realizar una entrevista en profundidad, era él, y por eso decidí contactarlo vía un mensajero la tarde del 2 de junio.

Fui totalmente sincero con él respecto a mis intenciones etnográficas, porque no quería empezar nuestro pacto con el pie izquierdo. Le dije sin rodeos que necesitaba a un nativo del barrio que supiera acerca de drogas —ya sea porque las consumía o porque estaba involucrado de alguna manera en su distribución—, para realizar una entrevista en profundidad, que utilizaría

¹ Franelero es una persona que se dedica a cuidar autos en la vía pública en zonas de la Ciudad de México en las que los lugares para estacionarse son escasos. También brindan otros servicios, como la limpieza de los vehículos y toman su nombre de una de las herramientas utilizadas para esas labores: la franela. Son figuras controversiales porque operan “privatizando” espacios que en realidad son públicos, y forman parte importante de la cultura de la inseguridad en la capital del país: sus servicios no serían útiles si los vehículos y las pertenencias de los conductores no se encontraran en una situación endeble en las calles.

grabadora durante el encuentro y que todo estaba enmarcado en un proyecto de El Colegio de México. Su respuesta me sorprendió no sólo porque fue positiva, sino porque entraba de inmediato en materia: “¿Y cuándo quieres empezar?”. Le respondí que a la brevedad posible. Acordamos una cita el miércoles 7 de junio a las 18:30 horas —para no interferir con sus actividades—, justo en la esquina en la que él solía trabajar.

Acudí puntual a la cita, aunque decidí llegar con un poco de retraso, sabedor de que el Pelón podría no salir puntual de su trabajo en el tianguis. A esa hora de la tarde, la cara de Tepito comienza a cambiar, porque a partir de las 17 horas (en promedio) la mayoría de las actividades comerciales empiezan a cesar. Mientras caminaba por una de las avenidas principales del barrio en dirección hacia nuestro punto de encuentro vi a los comerciantes recoger sus puestos y la mercancía, algunos “diablitos” en labor de carga obstaculizaban el paso y había que avanzar con cuidado de no ser atropellado por alguna motoneta, manejada a toda velocidad por algún dúo o trío de jóvenes locales.

Unas cuadras antes de llegar al lugar pactado, observé una de esas imágenes contrastantes de Tepito: un Módulo de Seguridad y Participación Ciudadana en el que hay continuamente oficiales de policía, ubicado frente a frente con la “casa blanca” —una de las más célebres vecindades del barrio y que en más de una ocasión ha sido relacionada con la ilegalidad—. En medio y

debajo de un puente peatonal había dos oficiales haciendo guardia permanente junto a su motocicleta. Mientras avanzaba, pensaba que en este momento yo también caminaba entre esos dos extremos y se me antojó como una metáfora elocuente.

La esquina en la que el Pelón solía trabajar sigue siendo un espacio para estacionar automóviles, tanto de comerciantes, como de clientes del tianguis, y no parece haber cambiado desde la época en la que comenzó como franelero, a principios de los años noventa. Aunque a esa hora el espacio lucía ligeramente diferente, ya que los últimos autos estacionados comenzaban a irse y sólo quedan montones de basura que en cualquier momento el personal de limpia de la delegación recogería con palas.

El Pelón me esperaba en plena calle desolada. Rondaba los 50 años de edad, moreno y de estatura media —medía poco menos de 1.70 metros—, robusto —quizá pesaba unos 90 kilos—; llevaba el cabello prácticamente a rape —de ahí su mote— y un atuendo sencillo de playera de algodón, *jeans* y botas de trabajo. Nos saludamos amistosamente y me comentó que de no ser por el mensaje que le mandé ese día por la mañana, se habría olvidado por completo de nuestro encuentro. Yo bromeé diciéndole que era afortunado, porque me preocupaba imaginarme solo en una esquina del barrio, mientras anochecía y en una actitud francamente sospechosa.

De inmediato él empezó a caminar; cruzamos la avenida en dirección a las calles que tienen nombres de oficios (famosas desde hace mucho tiempo como uno de los focos de inseguridad del barrio). No dijo nada acerca del posible informante, ni quién es ni qué hace, ni a qué se dedica o dónde vamos a encontrarlo; sólo decidí seguirlo. El Pelón y yo tuvimos una plática casual acerca de cuáles son sus actividades actuales. Me dijo que trabaja con su compadre en un pasaje comercial dentro del barrio. Le dije que lo último que había sabido es que estaba trabajando en El Carmen (en la misma zona), y me respondió que sólo había sido un empleo temporal, que se vio obligado a tomarlo porque los tiempos de bonanza del barrio quedaron atrás y hoy la mayoría de las transacciones comerciales ocurrían cruzando el Eje 1 —esa delgada frontera entre Tepito y el Centro Histórico—. Aunque explicó que la mercancía que se vende allí es totalmente diferente y hoy en día son más que nada baratijas traídas clandestinamente de China: eso era lo que se vendía en el local en el que laboraba y del que la dueña es una mujer adinerada, según dijo, que trabaja para el gobierno y viaja de manera constante a Oriente para cerrar algunas de sus transacciones.

Nuestra breve conversación se interrumpió al llegar a una esquina bastante llamativa. Se trata de una especie de delta de locales que luce casi en el abandono, adornados con grandes grafitis de estilos más bien caricaturescos.

Ahí había tres hombres, dos sentados en cuclillas, apoyados en una cortina metálica; uno de ellos, que rondaba los 30 años, vestía con estilo *hip-hopero*.² El otro, de alrededor de 40 años, llevaba la cabeza a rape y unos lentes de armazón blanco. El tercer hombre, el más maduro de los tres, rondaba los 50 años y dormitaba en el cofre de un taxi modelo Tsuru con la actual cromática del logotipo de la ciudad (blanco con recuadros rosas).

El Pelón avanzó con rapidez. Primero saludó a los dos hombres que estaban en cuclillas con un movimiento de choque de mano y puño.

—¿Qué transa, carnales?

—¿Qué transa? —respondieron. Después caminó hacia el Tsuru y, con un ligero toque en el hombro, llamó la atención del hombre recostado:

—A ti te andaba buscando, carnal. Ven para acá.

El hombre se incorporó rápidamente con cara de adormilado. Su nombre era Iván, de estatura más bien baja (cerca de 1.60 metros), piel morena cobriza que denotaba las largas horas que pasaba bajo el sol. El cabello lo llevaba

² La indumentaria del hip-hop o el rap de los jóvenes afroamericanos estadounidenses se relaciona con los cantantes del género musical del mismo nombre. Generalmente consiste en ropa muy holgada: pantalones, camisetas deportivas (de equipos de basquetbol o futbol americano), sudaderas, tenis de basquetbolista de marcas destacadas (como Adidas o Nike), el uso de gorras o paliacates, así como algunas piezas de joyería como relojes vistosos, anillos o cadenas.

peinado hacia atrás, con algunas canas que le daban un tono más bien plateado. Sus ojos eran pequeños y oscuros y su nariz, breve y ligeramente aguileña. Su complexión era delgada en general, aunque lucía un vientre ligeramente abultado. Su atuendo, *jeans* azules, tenis de basquetbolista y una playera blanca que conmemoraba una peregrinación.

El Pelón lo tomó por el cuello con el brazo derecho, como si le estuviera realizando un candado de lucha, pero el movimiento fue de alguna manera afectuoso, acercó su cara a la del hombre como si fuera a susurrarle un secreto y le dijo:

—Aquí mi chavo está haciendo el doctorado y está buscando a alguien en el barrio que sepa del tema de las drogas y que le pueda dar una entrevista. Y yo luego, luego pensé en ti.

—Va, va —respondió frunciendo el ceño, mientras movía la cabeza.

Yo le expliqué que el trabajo era anónimo, a lo que me dijo que podría usar un sobrenombre.

—Pero qué, ¿todo lo que platiemos te lo vas a aprender? —preguntó.

Le respondí que traía una grabadora en mi chaleco, que la activaba y guardaba para que no interfiriera en la conversación. Le pareció buena idea y dijo no tener problema con el uso del aparato. Me dijo que tenía mucho que

contar, porque vivió durante varios años en la calle, en una pequeña explanada a un costado del lugar en el que platicábamos, y añadió:

—Un tiempo pensé escribir un libro acerca de mi vida, de todo lo que viví, pero fue un proyecto que nunca se hizo.

Iván aceptó participar, pero dijo que la entrevista no podía realizarse en ese momento, porque tenía algo que hacer. Nos pidió presentarnos en la misma esquina al día siguiente, a las 9:00, hora en la que comienza a trabajar. Nos despedimos con el mismo movimiento con el que el Pelón saludó a los hombres al principio de nuestra interacción. Caminamos de regreso y después de avanzar tan sólo unos metros, me dijo que no le parecía conveniente que llegáramos demasiado puntuales a la cita, que era mejor acudir media hora después, a las 9:30 horas.

Mientras continuamos nuestro camino, seguí conversando de manera casual con él. Le conté que una mañana, a principios de febrero, un par de jóvenes que eran claramente adictos y estaban armados con sendas puntas,³ me

³ Una punta es un arma punzocortante de elaboración rudimentaria. Son objetos recurrentes de las cárceles mexicanas, en donde la portación y uso de armas está prohibida. Suelen producirse afilando restos de metal que se sustrae de alguno de los talleres del penal o afilando algún objeto (por ejemplo, una cuchara o un tenedor al que se le retira la cabeza), que pueden robar los presos de alguien que va a visitar a sus familiares. En las calles su elaboración es mucho más sencilla por la disponibilidad de objetos. Se sobreentiende que

asaltaron mientras iba a visitar a un familiar. El Pelón me preguntó si quería ir a buscarlos para arreglar el problema, a lo que respondí negativamente, porque la cantidad perdida fue ridícula (15 pesos). Para él, el problema central no era el dinero, sino la afrenta, y creía que estaba faltando de alguna manera al código del barrio por dejarme robar tan burdamente:

—Ya sabes que si alguien quiere robarte aquí, tienes que decir que eres del barrio, estén o no armados, y nunca dar nada.

Mi anécdota dio pie a que el Pelón me contara sobre el papel ambiguo de los franeleros —por lo menos cuando él era uno de ellos— en materia de seguridad, que se relaciona con el hecho de que ellos suelen conocer a “todo el mundo” por laborar una buena parte del día en un solo punto del espacio público. Eso incluye conocer comerciantes locales, compradores asiduos o potenciales, oficiales de policía y, por supuesto, personas que cometen delitos.

Me relató que muchas veces se les quiso vincular con las personas que cometían robos, sobre todo por no querer participar de algún tipo de acusación como los testigos privilegiados que supuestamente eran. El problema, desde luego, radica en que ese privilegio podía funcionar como arma de dos filos,

alguien que usa como arma una punta no tiene mucho dinero para obtener otro tipo de arma mucho más eficiente, como cuchillo, navaja o, incluso, un arma de fuego.

puesto que alguien que quisiera tomar algún tipo de represalia en su contra podría encontrarlos con suma facilidad y bastante desprotegidos:

—Nosotros les decíamos: “lo que ustedes no ven es que ya van dos, tres veces que nos han querido plomear” —me explicó.

Según su relato, no era común que ellos estuvieran coludidos con nadie, aunque terminaban concediendo por omisión, al “tratar de llevar la fiesta en paz”, haciendo como que no veían nada. Aunque no eran constantes, sí había algunas ocasiones en las que algunos, que era bien sabido que eran “las ratas” (ladrones), podía pasar a saludar a los franeleros e incluso preguntarles por algún indicio de cómo había estado el ambiente local durante el día:

—¿Qué pasó, carnal? ¿Cómo anda la tira?

—Anda brava, carnal. Al tiro.

Le pregunté en qué espacio ocurrían estas acusaciones contra los franeleros y respondió que en las juntas que en aquella época se llevaban a cabo para resolver los conflictos en materia de seguridad. Según su relato, el tema movilizaba un complejo entramado que incluye a los representantes designados por los comerciantes (que generalmente fueron elegidos por una calle o un par, según sus dimensiones), a los comandantes del sector, a los oficiales de policía a cargo y, por supuesto, a los delincuentes locales a quienes se busca limitar o de alguna manera administrar. El Pelón explicó que en más de una ocasión hubo

conflictos, porque lo que se pactaba en un nivel, por ejemplo, entre un comandante de sector y los comerciantes, se desobedecía en otro con un nuevo pacto entre los policías “de a pie” y quienes cometían algún acto ilegal.

Al concluir esa breve conversación, nos despedimos con el acuerdo de vernos de nuevo al día siguiente, en el mismo lugar, a las 9:30 horas.

Nota 2

Tepito, Ciudad de México, jueves 8 de junio de 2017

Caminé de nuevo hacia la esquina en la que el Pelón solía trabajar. A esa hora de la mañana la gente que trabaja en el barrio apenas comienza la jornada; muchos barren la parte de la calle correspondiente a su puesto y otros tantos desayunan. A por lo menos una cuadra para llegar al punto acordado me doy cuenta de que el Pelón va caminando tan sólo unos metros delante de mí. Su apariencia es muy parecida a la del día anterior, pero traía una playera gris con el logo de Harley Davidson.

Nos saludamos y cruzamos la calle prácticamente de inmediato. Nos encontramos con Iván y el joven de apariencia *hip-hopera* del día anterior, a quien llaman Beto; él es, de alguna manera, la mano derecha de Iván. Beto es alto (debe rondar los 1.70 m) y se ve fuerte; tiene una estructura corporal que bien podría ser la de alguien que realiza alguna actividad deportiva; usa el cabello a rape y emula bien el aspecto de un joven afroamericano; bien podría pasar por un LeBron James (jugador famoso estadounidense de basquetbol) —aunque de bastante menos estatura—. Su piel es morena, aunque tiene ese

tono ligeramente amarillento que suelen tener las personas adictas a sustancias. Llevaba tenis de basquetbolista, *jeans* holgados y una sudadera negra con gorro y botones al frente.

Esta vez no estaban en la esquina de los grafitis, sino en la de enfrente, en la que hay un puesto de comida abandonado justo en medio de dos unidades habitacionales pequeñas, también cubiertas de pintas. Pasaban el rato en el puesto: Beto, sentado en uno de los costados, recargando la espalda en la pared; Iván de pie frente al puesto, platicando con él. Llevaba una playera polo de vistoso color morado. Ambos desayunaban tortas y café, al igual que muchos de los otros comerciantes. Los saludamos, después de pasar un bocado, Iván nos dijo:

—¿Qué no habíamos quedado a las 10? —mientras miraba su reloj.

—En realidad quedamos a las 9 —le respondió el Pelón, provocando la risa de los cuatro—. Yo me tengo que ir a chambear, pero te lo dejo, ¿no? —les dijo señalándome con un ligero movimiento de cabeza.

—Sí, aquí déjalo. Nosotros lo vemos.

El Pelón se despidió y se marchó en dirección al tianguis. Iván siguió desayunando y me preguntó qué íbamos a hacer. Respondí que podíamos empezar a conversar; prendí la grabadora (y así se quedaría durante el resto de nuestro encuentro) y la guardé en el bolsillo izquierdo de mi chaleco. Iván me

contó un poco acerca de su rutina diaria. Me dijo que usualmente llegaba a las 9 de la mañana y que su trayecto era muy corto porque vivía en un hotel ubicado tan sólo a unas cuadras de su lugar de trabajo. El asunto me pareció interesante, así que seguí indagando. Me dijo que vivía desde hacía 8 años en ese espacio y que antes pasó 12 años viviendo directamente en la calle, en una pequeña explanada del barrio, tal y como me lo había mencionado en nuestro primer encuentro.

Aunque es un hotel, Iván tenía esa habitación “de planta” y pagaba por ocuparla diario; sólo dejaba de usarla algunos días al año, y sus salidas no estaban de ningún modo relacionadas con su trabajo, más bien se trataba de festividades propias del barrio, como las peregrinaciones fuera de la ciudad a espacios religiosos como Chalma. En esos casos, sacaba sus pertenencias de la habitación y permitía que el hotel la ofreciera a algún otro usuario, que seguramente era temporal. Esos días, Iván regresaba al hotel y pasaba la noche en una recámara diferente, para volver a la propia a la mañana siguiente y reanudar un nuevo ciclo.

Un hombre gesticulaba para llamar la atención de Iván desde el otro lado de la calle, la esquina grafitada. A juzgar por su aspecto, era un pepenador; señaló un sillón rojo de terciopelo, un mueble grande, aunque en sentido estricto, individual, que parecía abandonado en plena vía pública. El hombre

quería corroborar el estatus del objeto para saber si podía disponer de él. Iván ni siquiera se acercó. Gritó desde donde estábamos parados y le dijo que el sillón pertenecía al Pájaro y que no podía llevárselo, y me explicó que el Pájaro es un amigo suyo, que vivía en plena calle y solía pasar las noches en ese sillón; su complexión era tan delgada que hacía pensar a la gente que el objeto estaba permanentemente abandonado, aún cuando estuviera recostado en el mueble. Iván aprovechó para darle un recado al pepenador: le dijo que lo estuvo buscado su amigo el herrero, que necesitaba un ayudante para terminar un trabajo de pintura y pensó que tal vez él querría ganarse unos pesos extra por una jornada de trabajo. El pepenador agradeció y dijo que buscaría al herrero; antes de irse, le pidió a Iván que le avisara si se enteraba de que ya podía disponer del sillón.

Beto le dijo a Iván que todavía tenía hambre y eso dio pie a que me contaran que ese día su rutina de desayuno se había modificado. Normalmente pasaba un hombre, al que llamaban Lalo, que tenía un negocio de comida montado en un carro de supermercado. Beto e Iván formaban parte de una amplia ruta que los homologaba con el resto de los comerciantes y prestadores de servicios locales —como son diableros, franeleros, entre otros—. Lalo repetía con todos el mismo ritual: muy temprano por la mañana tomaba el pedido, lo entregaba de inmediato o lo mandaba a una hora determinada

—según el gusto del cliente— y pasaba al final de la jornada a cobrar y despedirse de cada uno de ellos.

El relato que después compartieron conmigo me pareció interesante, porque hablaba de la mezcla constante entre ámbitos que sólo retóricamente se encuentran separados entre sí, en este caso, el de la formalidad y la informalidad. Desde principios de la semana Lalo había estado ausente del negocio de comida, porque consiguió un empleo formal para complementar sus ingresos y quizá acceder a alguna prestación (de salud, por ejemplo), aunque ni Iván ni Beto sabían en dónde trabajaba o de qué. Los últimos días, quien se había ocupado del carrito era su esposa; su desventaja era que se tardaba en pasar a tomar los pedidos, pero su ventaja era ser más eficiente que Lalo, que solía aprovechar para “echar cotorreo” con los clientes, vecinos y conocidos durante toda su jornada de trabajo.

Iván me siguió contando acerca de sus datos biográficos. Tenía 54 años de edad y era nativo del barrio. Nació y creció en la calle de Tenochtitlán. Me reiteró que durante los últimos 20 años había vivido en plena calle —donde pasó 12— y en el hotel —donde había transcurrido el resto—. Nuestra conversación se interrumpió porque un joven que acababa de cruzar la calle se acercó a saludar. Lo apodaban el Muñeco y debía tener 30 años o menos, de estatura media (rebasaba el 1.65 m), tez blanca y era más bien musculoso.

Llevaba *jeans* y un par de tenis Adidas, una playera rojiblanca con una gorra que hacía juego, y un entallado chaleco de equitación negro. Lo que más llamó mi atención fue su mirada, por un par de detalles: 1) sus ojos tenían ese color amarillento que por lo general se aprecia en los adictos y 2) tenía una serie de derrames que parecían denotar que estaba desvelado del día anterior.

El Muñeco nos saludó a los tres: a Iván, de una manera muy respetuosa, pronunciando su nombre y asintiendo con la cabeza; a mí me llamó “carnal”, y usó el movimiento clásico de chocar la palma y luego el puño. Y a Beto le dijo efusivamente: “¡Puto, saca la chicharra!”;⁴ el choque de sus manos fue mucho más sonoro y, por ende, mucho más afectuoso. Beto respondió que no y su gesto produjo la risa de los cuatro. El Muñeco nos contó acerca de su frustración; la noche anterior había comprado una bolsa de marihuana “de a 25 pesos el gramo” y se sentía contento por la transacción, porque el vendedor se la había dado “bien rayada” (muy llena), y después fue a una colonia aledaña a hacer ejercicio y perdió la bolsa; cerró su historia con la consideración de que la bolsa había sido un botín para el afortunado que la hubiera encontrado y se despidió gritando: “¡Ahorita fumamos!”.

Beto afirmó que él y el Muñeco “están de la verga”, porque la historia le recordó que él también traía una bolsa de marihuana y no podía acordarse de

⁴ Resto de un cigarro de marihuana, que puede guardarse para consumir más adelante.

dónde la había dejado. Iván dijo que él había dejado la suya dentro de la unidad, pero que sólo traía consigo un gramo, que habitualmente se fumaba completo. Me explicó que la equivalencia aproximada es que con cada gramo de marihuana pueden hacerse dos cigarros y que su rutina era consumir el primero durante el día para pasar el rato y el segundo por la noche, para dormir:

—¡Duermo como angelito! Como si no debiera nada, ¡por Dios!

También me comentó que la mota que perdió El Muñeco era conocida como “goma mango”, una marihuana de muy buena calidad y sabor. Después le gritó a un joven que iba caminando por la otra acera:

—¡Vales verga! ¡Ayer fui a la barra⁵ y no estabas, pinche mentiroso!
—y luego dijo que iba a ir a platicar con el joven para tratar de solucionar el problema de la comida, porque todo parece indicar que la esposa de Lalo no va a aparecer. Y se marchó.

Un adolescente se acercó al puesto metálico, de cuando mucho 15 años de edad. Muy delgado, moreno y bajo de estatura (debía medir menos de 1.60, porque era más bajo que Iván), y llevaba una gorra negra, playera blanca de tirantes, bermuda de surfista roja con detalles anaranjados y un par de tenis de basquetbolista que lucían enormes en sus delgadas piernas. Usaba una

⁵ Lugares para hacer ejercicio, que usualmente se componen sólo de barras y pasamanos para calistenia; son muy populares entre los varones del barrio.

mariconera cruzada al pecho, cuadrada y de piel sintética negra. Esa clase de bolso es muy popular entre los varones del barrio, se ven mucho entre los comerciantes (que usualmente las utilizan para guardar dinero en las transacciones comerciales), pero también en otros varones que suelen guardar ahí sus objetos personales, como teléfonos celulares o también droga (tanto de consumo personal, como para la venta). El chico estaba claramente drogado y, dado su adormilamiento, parecía estar bajo el efecto de la marihuana.

El ritual del saludo fue prácticamente igual al que viví más temprano por la mañana; el chico me llamó “carnal” y me saludó afectuosamente, también a Iván, a quien le dijo algo que no se entendió y es que el sonido que salía de la boca del adolescente era tan sólo un balbuceo. Tomó un poco de aire y pudo articular mucho mejor. Le dijo a Iván que se había comprado una bola de hachís y que si quería una fumada. Iván respondió de manera tajante que no. Un transeúnte pasó frente al puesto y nos saludó de manera amable. Noté la bola de hachís en la mano derecha del adolescente, una pelota de resina color café oscuro; la sacó de una bolsa de plástico y en la otra mano llevaba un gotero normal, al que comenzó a retirarle la cabeza de plástico. Le pregunté a Iván si el hachís era más caro y respondió que no, pero algo en su gesto me decía que no quería hablar del tema. La situación se reforzó porque la esposa de Lalo al fin aparecía para tomar su pedido de comida, y él interrumpió para encargarse

unos tacos y pedirle que buscara a Beto para ver qué quería. Casi de inmediato apareció un automóvil negro, bastante lujoso, con los vidrios abajo. Se escuchaban los acordeones genéricos de una canción norteña. Del automóvil bajó un hombre alto (debía medir 1.75, quizá un poco más) y delgado, llevaba el cabello casi a rape y lo tenía prácticamente gris, lo que denotaba su edad (debía pasar los 50 años). Vestía de manera elegante: pantalón de vestir gris, camisa de manga corta con combinación de coloridos cuadros (turquesa y rosa) y zapatos bostonianos, cafés, perfectamente boleados. En su muñeca izquierda se apreciaba un imponente reloj plateado y, en la derecha, una delgada esclava de oro.

El hombre le preguntó a Iván si se encontraba su amiga y él le pidió que la llamara por teléfono. Aparentemente le dieron el visto bueno para ingresar. Asintió un par de veces con la cabeza mientras miraba a Iván, quien me pidió que lo esperara, porque “tienen que ir por algo” y no iba a tardar. Por el aire solemne que adquirió el intercambio, supuse que se estaban comunicando con alguien importante, con una de las personas para las que Iván trabajaba. Iván y él entraron a una unidad habitacional cercana. Yo me quedé solo con el adolescente, que seguía preparándose para fumar hachís; había arrancado un pequeño trozo de la pelota y lo amasaba con los dedos índice y pulgar para

formar una bola diminuta que trataba de colocar en la punta más angosta del gotero, que era ya sólo un delgado tubo de plástico.

Le pregunté al adolescente cuánto le había costado su bola de hachís y como intuyendo que quisiera adquirir una, me advirtió que no la había comprado en la esquina, sino en las inmediaciones de la Torre Latino. Me pareció que era un lugar increíblemente transcurrido y un tanto inusitado para adquirir drogas, aunque supongo que en ocasiones la mejor forma de esconder algo es dejarlo a la vista de todos. Seguí inquiriendo acerca de si esas transacciones ocurrían en plena calle y cómo es que uno podía saber que alguna se estaba llevando a cabo. El adolescente condensó todo en una frase:

—Sí, pues uno que es vicioso, le encuentra —y yo, que me sentí un poco ridículo ante esa lógica, sólo pude responder con un:

—A huevo.

El procedimiento para fumar hachís no le estaba dando buenos resultados, según lo que pude apreciar. El chico trataba de quemar la resina con el encendedor para que se convirtiera en humo dentro del gotero, pero no lo estaba consiguiendo. Por sus gestos, parecía que buscaba algo, pero reanudó nuestra conversación, añadiendo que el precio de hachís oscilaba entre 70 y 90 pesos por gramo y que eso es lo que pesa su pequeña pelota: un gramo. Yo le pregunté si era más fuerte que la marihuana y él dijo que consideraba que no, ya que al

fin y al cabo es un derivado de la misma sustancia. Según él, el hachís es la resina de la marihuana tal y como se aprecia en algunos procedimientos cotidianos de consumo, como al deshacerla en un *grinder*; lo que cambia es la cantidad de marihuana que permite acumular una gran cantidad de resina, que se torna una masa maleable al mezclarse con agua.

Beto regresó al puesto metálico y saludó al adolescente. Éste le preguntó si usaba aretes. Beto respondió que no y pareció un tanto sorprendido, y preguntó para qué querría un arete en medio del ritual de fumar hachís. El chico creía que utilizando el poste del arete podría acomodar mucho mejor su porción de resina dentro del tubo de plástico y así, al fin fumar de manera eficiente. Hizo una pausa en su argumentación técnica y retomó nuestra plática de generalidades, sólo para cerrarla diciendo que lo que sí podía afirmar es que el hachís te pone bastante chido.

Iván regresó al puesto e interrumpió la conversación. Me comentó que pronto su trabajo se iba a incrementar igual que el número de interrupciones, porque iba a comenzar a hacer mandados y no podía quedarse en un solo sitio. Intuía que eso contravenía nuestra relación de entrevista. De hecho, parecía que el estereotipo que tenía del encuadre coincidía con el que tendría cualquier profesional de las ciencias sociales: que nos sentáramos a compartir alguna bebida, mientras yo prendía la grabadora, y que platicáramos sin interrupciones.

Sugirió que para llevarlo a cabo deberíamos pensar en otro día y en un horario diferente.

En primera instancia, Iván pensaba que la noche podría ser un buen escenario, porque a esa hora estaba prácticamente libre de obligaciones, pero luego recordó que la semana había tenido tardes sumamente lluviosas. Pensamos en otro día y él sugirió el martes, que técnicamente era su día libre, porque ese día Tepito permanece cerrado. Dijo que el martes siguiente podríamos sentarnos en la pequeña explanada en la que solía vivir y conversar con mayor tranquilidad. Pese a eso, Iván no me pidió que me retirara; tomó una silla plegable de metal que estaba sola en plena calle, la recargó en la pared y se sentó, y yo decidí sentarme en el piso junto a él.

Algunos vecinos pasaban frente a nosotros y saludaban de manera amable a Iván. Él me dijo que éste era un tema fundamental, que “todo el mundo lo conoce” por ser nativo del barrio y que eso es lo que le daba más valía a su testimonio. Nos interrumpió el hombre elegante que había regresado a la calle y se despidió diciendo: “¡Vámonos, mi Iván!”, y abordó ágilmente su automóvil. Iván me dijo en voz baja que era un comandante de la policía federal a quien le encantaba el perico. Yo comenté que el hecho de que tuviera un buen puesto en la corporación explicaba su automóvil y su aspecto. Le pregunté entonces sobre la relación con la policía en general y me respondió que estaba

comprada, que por lo general no se metían con nadie, mientras recibieran “para el chesco” (refresco), algo así como “100 varitos (pesos) a la semana”.

Esto parecía un soborno microscópico, pero pensando que todos los involucrados con el comercio de estupefacientes y otras ilegalidades en el barrio cooperaban con cantidades similares, podía producir buenas sumas de dinero por el simple efecto de la acumulación. Iván creía que ésa era información bastante delicada y que, a pesar de que eran cosas que se sospechaban o incluso se sabían gracias a los medios de comunicación, debería pensar antes de diseminarla. Quizá por eso mismo creía que convenía considerar una perspectiva mucho más histórica, centrada en su historia personal. Después de todo, él había pasado quince años en prisión y varios más en diferentes prisiones capitalinas. Me aconsejó que llevara una libreta para tomar algunas notas importantes.

Una mujer se acercó para preguntarle a Iván si había podido sacar la basura el día anterior y él contestó que no, que la fuerte lluvia les había impedido completar la tarea, pero que quedaría resuelta al final de la jornada. Poco después, apareció una camioneta de la policía que pasó justo frente a nosotros; circulaba lento. Los dos oficiales saludaron a Iván asintiendo y levantando la palma de la mano. Iván hizo exactamente lo mismo y la camioneta siguió su camino. Iván rio un poco y me dijo: “¿Viste eso?”, sabedor de que era una

imagen sumamente elocuente para ejemplificar su afirmación acerca de la cooperación con los policías.

Seguimos con nuestra plática y le recordé que el día anterior me había hablado acerca de su intención de escribir un libro sobre su vida. Me dijo que era un proyecto que de verdad había contemplado, pero que nunca había podido concretarse, que se había apendejado. Me relató que salió en 1999 de prisión y que su mamá, que era su único enlace con su familia, había fallecido de un paro cardíaco; poco después de eso, él comenzó a vivir en las calles. Un hombre interrumpió la conversación para preguntarle a Iván si había visto el camión del gas, a lo que respondió que no pero que, a juzgar por la hora y el día, no debía tardar.

Reanudó su historia: contó que los años que vivió en la calle habían sido duros, sobre todo en materia de adicciones. Afirmó que en aquellos días había llegado a consumir hasta seis sustancias diferentes a lo largo de una jornada, y las enumeró: marihuana, chochos, cocaína, crack, activo y alcohol. Agregó que ese ritmo de consumo había durado todo el tiempo que vivió en la calle, aproximadamente doce años, y que lo más que dejó de comer y dormir por el vicio habían sido 16 días. Le pregunté si en la misma calle le ofrecían y él me recordó que la calle en la que nos encontrábamos tenía múltiples puntos de venta, que la delegación la consideraba un “punto rojo”.

Una vez más, una transeúnte saludó amablemente a Iván y él reiteró que la amistad de las personas era uno de sus bienes y que se lo había ganado desde el tiempo en el que estaba inmerso en las adicciones. Yo creo que esa es una forma diferente de enunciar el tema de la confianza, que no debe ser poca cosa en un ámbito como en el que se desenvuelve. Le pregunté por la violencia en el negocio, si se había recrudecido a últimas fechas; él creía que nunca había sido un ambiente fácil, pero últimamente esto se debía a que se había intensificado la competencia y porque la “avaricia” de algunos involucrados había aumentado: “Es la visión de que ‘tú vendes más que yo y eso no se puede’”.

Regresé al tema de las adicciones para preguntarle cómo adquiriría las sustancias, como los chochos o la cocaína, que quizá podían ser más costosos que la marihuana y el activo. Iván me dijo que se las proporcionaban, que las personas que lo mandaban a hacer un mandado le daban a escoger cómo quería recibir su pago, si en dinero o en droga. Me comentó que él siempre se acercó a las personas importantes, a la gente que imponía respeto en el barrio. Una mujer que salía de la unidad habitacional le dijo a Iván que alguien de arriba estaba preguntando por él; se alistó para irse, pero la mujer aclaró que era sólo una broma, rio y le dijo: “¡Vas a ver, cabrona!”. Iván reiteró sus intenciones de ayudarme, de compartir su historia, intuyendo que en un círculo académico puede ser bien recibida. Él creía que a la gente le iba a producir sorpresa, que

iba a preguntarse cómo había sido que me metí al barrio y cómo había dado con la persona indicada.

Una mujer madura (debe rebasar los 50 años) caminó hacia nosotros; bajita (debía medir poco menos de 1.60) y robusta, su tez era morena clara y tenía el cabello largo, rizado y pintado de rubio. Venía acompañada de una mujer de compleción muy parecida, aunque más joven (debía rondar los 30 años), con el cabello lacio y castaño, y traían también un niño pequeño (de 3 o máximo 4 años), perfectamente arreglado como un varón del barrio: *jeans*, tenis de basquetbol, sudadera y corte de cabello a la moda, con la línea marcada con navaja. Venía montado en una moto de plástico que simulaba ser una Suzuki — o algún ostentoso modelo japonés de carreras—, aunque con los colores y emblemas del Capitán América. La conversación dejaba ver que eran madre, hija y nieto. La mujer madura llevaba una gran bolsa con objetos personales, entre los que destacaba una chamarra para el niño. A juzgar por la expresión y modales de Iván cuando la vio, podía deducirse que era alguien importante o que venía a ver a alguien importante, pero todo parecía ser más bien un asunto familiar.

Le preguntaron a Iván por un hombre y él dijo que no había aparecido por el lugar. Se levantó rápidamente, alcanzó a la mujer y la ayudó con la gran bolsa, que colocó posteriormente en su silla. La mujer madura se quedó

hablando por teléfono con uno de sus hijos y le dijo que ya iban para su casa. Iván me dijo que regresaba en un momento, que tenía que hacer algo, al parecer relacionado con las mujeres y con alguien que estaba adentro, en la unidad. El niño de la moto dialogó conmigo acerca del vehículo y me dijo que su hermano, que es más grande, tenía una de verdad. Otra mujer, muy robusta, morena y de cabello rizado, a la que se referían como tía y que salió de la unidad, se quedó charlando con ellas. De pronto Iván regresó y yo me levanté del piso; me preguntó si ya estaba entumido y le respondí que sí. Rio. Las mujeres tuvieron un intercambio con el niño, porque no quería ponerse la chamarra aunque en ese tiempo estaba lloviendo mucho en las mañanas y las tardes eran frías. Iván intervino cariñosamente y le dijo que si no se tapaba se iba a enfermar y después no iba a poder salir a pasear en su moto.

Pactamos una nueva fecha para realizar la entrevista, el siguiente martes a mediodía. Me señaló un puesto de comida que se apreciaba un par de cuadras adelante y me dijo que ahí solía desayunar cuando descansaba; que era muy seguro encontrarnos ahí. Iván creía que en ese lugar podríamos hablar, en la barra o incluso circular un poco por el barrio observando los lugares de convivencia, como los espacios en los que hay tardeadas o los gimnasios. Me dijo que no me preocupara, que en esas calles todo estaba controlado: “no va a

haber problema con la banda”. Antes de despedirnos, me dijo que en medio de todo había olvidado preguntarme mi nombre.

—Me llamo Jovani —nos estrechamos la mano y me marché caminando despacio. Beto, a quien habíamos perdido de vista, pasó lentamente en una bicicleta antigua, color turquesa, y se despidió de mí sacudiendo la mano.

Nota 3

Tepito, Ciudad de México, martes 13 de junio de 2017

Acudí el martes a mediodía para realizar la entrevista tal y como había pactado con Iván. También cumplí su otra petición: llevaba un block en cuya primera página había anotado una serie de preguntas como guía y una pluma negra por si la requería. Su petición de que acudiera el martes para nuestro encuentro se presta a una aclaración de contexto: los martes el tianguis de Tepito no funciona y, por lo tanto, es el día que los comerciantes y otros prestadores de servicios del barrio (franeleros, diableros, el personal informal de seguridad) descansan. La situación me preocupaba un poco por un par de razones: primero, al contrario de lo que pudiera pensarse, los martes que el barrio se encuentra prácticamente vacío podía ser más peligroso, porque el área comercial está casi desierta, sólo destacan armazones de puestos (en ocasiones cubiertas por lonas) y grandes pilas de basura que los empleados de limpia se encargan de recoger. El escenario podía usarse estratégicamente por ladrones que aprovecharan para esconderse o escabullirse con facilidad. En resumen: son muy comunes las historias de robos a transeúntes los martes.

Mi segunda preocupación era un poco más elaborada y se centraba en la posibilidad de que Iván no cumpliera su palabra y me dejara plantado. Me preocupaba porque, en mi experiencia con la gente del barrio —y particularmente con los que laboran en el tianguis— sabía que muchas veces sus tiempos son mucho más cortos —a veces incluso inmediatos— que los de otros actores en diferentes contextos sociales. Esto, me parece, está relacionado con el hecho de que muchos de ellos viven al día. Vale la pena recordar que el mismo Pelón —con quien comparto un lazo importante de amistad—, estuvo a punto de dejarme plantado el día que conocí a Iván y, aunque Iván había sido bastante amable en mi pasada visita, habían pasado prácticamente cinco días desde nuestro último encuentro. Esta cuestión abría la posibilidad de que la entrevista, tal y como se pactó, no se llevara a cabo.

Llegué a la esquina de los grafitis y no me encontré con nadie ni de ese lado ni del lado del puesto metálico en el que estuvimos la última vez, pero constaté que, aunque todo estaba muy tranquilo, la vida laboral —en una versión mucho más tradicional— de la esquina continuaba: en el delta grafitado funcionaban con normalidad tanto un lugar de compra y venta de fierro viejo, como un puesto de carnitas y chicharrón. Del lado del puesto metálico, y tan sólo unos metros más adelante, una lavandería atendía con total

regularidad, al igual que una pollería y una tienda de marcos ubicadas en el último tramo de la calle.

Ya que no aparecía nadie, decidí cumplir con las instrucciones de Iván y acercarme al puesto de comida que había señaló un par de cuadras adelante. Es un puesto callejero de comida tradicional, de lámina y pintado en su totalidad de blanco. Gracias a los comensales me enteré de que la mujer que atendía se llamaba Teresa y respondía al mote de Tere. Había por lo menos cinco personas comiendo en el local: en la cara izquierda del rectángulo, una pareja de motociclistas (hombre y mujer), con sus cascos recargados en la pequeña barra del puesto; en la cara frontal, dos mujeres y un niño; la cara derecha estaba vacía y yo decidí sentarme ahí.

Le pregunté a doña Tere qué vendía y me respondió que tacos y gorditas. Decidí comer algo para hacer tiempo por si Iván llegaba a aparecer. Pedí una gordita y doña Tere se tardó en entregarla, porque las otras personas seguían pidiendo tacos. A juzgar por los saludos constantes de los transeúntes, todos los presentes debían ser vecinos de la cuadra y todos se conocían entre sí. Doña Tere me entregó mi comida y le pregunté, sin miramientos:

—Señora, ¿no ha visto a Iván, el de la esquina?

—Iván no sale los martes —contestó con un tono rudo, más bien cortante, y se volteó de inmediato.

La dureza de la mujer no era para menos. Si todos en la esquina se conocían, también sabían a qué actividades se dedicaba Iván y dudo que dieran santo y seña a cualquier persona que llegara a preguntar, sobre todo en un día en el que Iván ni siquiera laboraba con normalidad. Planeé terminar mi comida y ver si podía observar algo desde mi lugar. En efecto, no tardé en notar que un par de casas adelante del puesto de doña Tere estaban vendiendo estupefacientes prácticamente con la dinámica que aprecié la última vez con Iván: los automóviles se acercaban, la gente de abordó pactaba —muy pocas veces descendía del automóvil— y después se retiraban con rapidez. La puerta de la casa estaba custodiada permanentemente por un hombre delgado, de ostentoso bigote y muletas, porque le faltaba una pierna.

También noté a un par de chicos que habían pasado continuamente de ida y vuelta por la calle. Uno minutos más tarde me di cuenta de que cruzaban hasta entrar al tianguis y después regresaban a toda velocidad en dirección opuesta. Es claro que estaban entrando a asaltar. Como había dicho, siempre puede suceder que algún incauto entre al área comercial, aunque no esté en funcionamiento, y tenga la mala suerte de ser víctima de una de estas incursiones. Terminé de comer y caminé una vez más por la calle; llegué a la explanada en la que teníamos planeado hacer la entrevista y permanecí cerca de unos 20 minutos esperando; el vacío del lugar comenzó a preocuparme; sentía

que era particularmente visible y endeble. Decidí suspender mi espera y reanudar la entrevista al día siguiente.

Nota 4

Tepito, Ciudad de México, miércoles 14 de junio de 2017

Llegué a la esquina a buscar a Iván. Eran cerca de las 10 de la mañana. Ese día, él y Beto no se encontraban ni en la esquina grafitada ni enfrente en el puesto metálico, sino en la orilla de la explanada en la que Iván ha dicho que solía vivir. Estaba sentado en la silla metálica plegable y vestía una camisa de color guinda. Beto lucía su clásico *look hip-hopero* y estaba de pie frente a él. Iván me vio y se disculpó de inmediato. Dijo que se había ido antes del mediodía, quizá a las 11:30 am, que le habían pedido llevar un encargo y no pudo negarse.

Me dijo que de todos modos había pasado a desayunar con doña Tere. Yo le conté tal cual la anécdota del día anterior, que me había sentado a comer una gordita y a esperarlo. Ya que Iván no me asumía estrictamente como un nativo del barrio, el detalle parecía suficientemente convincente para él, porque asintió con la cabeza y afirmó que eso era lo que la señora vendía:

—¿Y no le preguntaste por mí?

—Sí.

—¿Y qué te dijo?

—Que no sales los martes.

—¡Pinche vieja culera! ¡Ahorita le voy a reclamar!

Alguien llamó a Beto desde el otro lado de la calle y se fue rápidamente. Aproveché para decirle a Iván que había hecho “mi tarea” y le mostré el block. Él dejó su silla y dio un par de pasos hacia la explanada, se sentó en el borde de una rampa para discapacitados y yo me senté en el otro, justo frente a él. Comenzó a leer las preguntas y a responder un poco con lo que le evocaban. Le pregunté que cómo se había integrado a su actividad y respondió que, debido a la confianza que le tenían, se la había ganado por dos vías: 1) al ser conocido y reconocido públicamente, por haber vivido en la explanada en la que nos encontrábamos, y 2) por su estancia en el reclusorio, lugar en el que había conocido a algunas de las personas con las que seguía colaborando.

Intuí que Iván podía seguir hablando, así que decidí prender la grabadora rápidamente y guardarla en mi bolsillo. Iván leyó una pregunta del block:

—¿A qué se dedica usted en este momento? —y respondió de inmediato— bueno, pues cuido carros y sigo haciendo mandados a la gente.

Le pregunté que si eso había sido siempre así; es decir, si se dedicaba a lo mismo antes de caer en prisión. Iván dijo que, parezca lo que parezca, su vida había sido muy normal antes del paso por la cárcel; que siempre se consideró un “chico de casa” y que ése fue el cambio más radical, quizá sobre todo porque

había sido una gran cantidad de años la que había pasado tras las rejas (quince años).

Le pregunté a Iván por el incidente que lo había llevado a la cárcel y respondió que había sido por “darse el lujo” de asesinar a alguien, que había sido una rencilla con una “madrina” de la entonces DIPD.⁶ Aquel hombre era conocido por extorsionar a ex convictos y a jóvenes delincuentes del barrio, y uno de sus últimos blancos fue un familiar de Iván, a quien golpeó un par de ocasiones. Afirmó que después de las golpizas se había propuesto asesinarlo y que simplemente aprovechó una oportunidad. Unos meses después lo encontró en un bar cercano al barrio pasando el rato o, como lo resumió de manera mucho más efectiva:

—Ahí estaba, bien vergas, con sus parejitas.

Nadie notó la presencia de Iván, que se acercó hasta quitarle la pistola de la cintura y vaciarle la carga completa.

⁶ La extinta DIPD fue la División de Investigaciones para la Prevención de la Delincuencia, que en las calles del barrio todavía es recordada como la policía del Negro Durazo (jefe de policía de 1976 a 1982). Las “madrinas” son agentes o ex agentes policiales que se supone median entre las corporaciones policiacas y los grupos delincuenciales, permitiendo su administración y control. Por años, han sido personajes controvertidos cuya existencia incluso se ha puesto en duda.

Iván me relató que fue sometido por el resto de los hombres que se encontraban en la convivencia y que lo entregaron a la DIPD. Debido a que no eran buenas épocas para la transparencia, la rendición de cuentas o los derechos humanos, no se siguió para nada el procedimiento estipulado por la ley. Me dijo que había pasado seis días secuestrado, recibiendo golpizas y torturas constantes; sólo se detenían cuando lo cambiaban de un espacio a otro:

—Hicieron lo que quisieron conmigo... menos violarme; eso fue lo chido —mencionó que se sintió más tranquilo a su llegada a la prisión, por lo menos las torturas habían cesado—. Ya me la había sacado por lo que le hizo a mi familiar: muerto el perro se acabó la rabia.

Aunque claro, la prisión no es un lugar fácil y menos cuando uno viene del barrio. Existe la posibilidad de que algunos pleitos callejeros se reanuden en el ambiente institucional. Iván explicó que uno de los internos era concuño de la madrina que había asesinado (otra muestra de lo permeable de las fronteras entre el delito y la ley) y que tuvieron que limar sus asperezas después. Iván interrumpió su relato porque le avisaron que lo necesitaban. Me pidió regresar a buscarlo por la tarde, a eso de las 6 pm, y agregó que no me preocupara por la salida del barrio, que él me iba acompañar hasta un lugar seguro después de concluir nuestra conversación. Le aseguré que regresaría.

A las 6:10 de la tarde estaba de regreso en el barrio para ver a Iván. Había estado lloviendo mucho y me preocupaba llegar de noche a la esquina y que no hubiera nadie. Sin embargo, no quería ni faltar a mi palabra ni perder la oportunidad de hacer observaciones en un horario diferente, para encontrar variantes o nuevos detalles para describir el contexto. Llevaba un paraguas e hice el mismo trayecto de las últimas ocasiones para llegar a nuestro punto de encuentro. Debido a las condiciones climáticas, el tianguis prácticamente había desaparecido, aunque todavía se apreciaban comerciantes recogiendo sus cosas. Había oficiales de policía tanto en el Módulo como enfrente, en su guardia permanente y, aunque sabía que no eran de gran utilidad, me hacían sentir relativamente seguro.

Seguí caminando varias cuadras hasta llegar a la esquina. De manera sorprendente, no sólo no estaba vacía, sino que había mucha más gente de la que había visto por las mañanas. Beto platicaba con tres jóvenes, todos de apariencia muy parecida a la suya, y justo a su derecha estaba Iván, que llevaba una sudadera roja con gorro, y lo traía puesto; estaba sentado en su silla plegable, como si estuviera en un trono, flanqueado por dos hombres como de su edad (cerca de 50 años). El hombre a su izquierda llevaba un bigote espeso y oscuro; el de la derecha tenía la cabeza rapada. El resto de los hombres en la esquina también portaban chamarras o sudaderas y todos permanecían en una

suerte de hilera horizontal, atajándose de la lluvia gracias a un ligero techo, en la esquina grafiteada.

Igual que el día que trabajé con la grabadora abierta, me era difícil determinar los límites entre la esquina como espacio de esparcimiento y la esquina como espacio de negociación. Mientras del lado de Beto el ambiente se veía más festivo y los jóvenes fumaban marihuana, del lado de Iván la plática parecía mucho más seria. No se escuchaba lo que decían, prácticamente hablaban en secreto. El aspecto de Iván era mucho más sombrío, había algo en su mirada y gestos que me hacía pensar que había consumido drogas. Decidí cerrar mi paraguas y tomar un lugar hasta el final de la hilera horizontal, deteniéndome a un par de pasos del hombre que llevaba la cabeza rapada.

Iván se apoyó de más en su silla, para poder asomarse por detrás del hombre rapado y me dijo en un tono más bien rudo:

—¡Oye, barrio! Yo creo que ese pedo no se va a poder ahorita, ¡mejor pasa mañana más noche!

—Sale —respondí.

El tono de Iván no dejó lugar a dudas, me quería fuera de la esquina y pronto, así que volví a abrir mi paraguas y emprendí el trayecto de regreso. Como ya era de noche, apreté el paso y traté de prácticamente no hacer contacto visual con nadie, hasta que me encontré con un par de policías que estaban de

guardia bajo la lluvia, parados junto a una motocicleta; sólo se protegían de la lluvia con unos endebles impermeables de la corporación.

Lo que llamó mi atención del asunto no fue sólo el tono duro de Iván, sino ese uso de eufemismos que ya había aparecido en otros momentos en la esquina (como con la cuestión de que él se dedicaba a “hacer mandados” o cuando decía que tenía que ir por “algo”). Iván me habló como si también tuviéramos un negocio o algún otro tipo de transacción, y me parece que el gesto de alguna manera lo protegía y también me protegía a mí. A mí, en el sentido de no revelar mi identidad, que de todos modos podría ponerme en riesgo con otros actores de la esquina; a él, justo para no ser tomado como alguien que revelaba los secretos de lo que ahí ocurría —con todas las implicaciones que esto pudiera tener—. Esa ocasión no fue como el día de su promesa de acompañarme hasta mi salida del barrio, pero algo es algo.

Nota 5

Tepito, Ciudad de México, viernes 16 de junio de 2017

Decidí hacer caso omiso, deliberadamente, de la instrucción de Iván y no regresar la noche del jueves, deduciendo que algo muy parecido a lo ocurrido el miércoles podría volver a pasar. Mi razonamiento es que en la esquina se consumen sustancias permanentemente y desde horas muy tempranas —lo que he constatado en mis observaciones—, y que toda esa labor de consumo se va acumulando a lo largo del día, lo que seguro hace mella tanto en el comportamiento como en la conciencia de mis posibles informantes. Si la relación de entrevista ya era difícil de entablar en el día, la noche prometía todavía mayores complicaciones.

Me presenté en la esquina grafitada el viernes por la mañana. Beto estaba sentado en la banqueta e Iván en su silla metálica plegable. Estaban frente al taxi Tsuru que había observado el día que los conocí y esta vez usaban el cofre como una mesa mientras desayunaban. En él se apreciaban unos platos de unicel con chilaquiles y restos de pan. Yo decidí recargarme en la puerta trasera del Tsuru y comenzar a platicar. Iván se disculpó conmigo por la noche del

miércoles y explicó que, como pude apreciar, estaba muy ocupado, lo que parece una suerte de paradoja, porque en realidad no parecía que estuvieran haciendo nada que no fuera hablar, pero eso reforzaba la idea de que él y sus acompañantes discutían algún tipo de transacción importante.

Beto lucía particularmente sonriente este día. Se levantó de un brinco de su lugar en la banqueta y se estiró; giró hacia nosotros con los brazos todavía en el aire y gritó:

—¡Hoy es viernes! ¡Es viernes de ponernos hasta la madre!

—En esta esquina siempre es viernes, carnal —respondió Iván, y todos soltamos una sonora carcajada.

De pronto apareció el hombre rapado y con lentes de armazón blanco que estaba con ambos el día que los conocí. Lo llamaban Lobo, traía una Coca-Cola de medio litro para acompañar el desayuno de chilaquiles y se la ofreció a Iván, haciendo gestos de exagerada deferencia:

—Tómele, patrón —dijo Lobo.

—No, tómale tú —respondió Iván.

—Usted dije, patrón —mientras destapaba la botella y se la daba. Iván le dio un trago y después me la pasó a mí.

—Toma.

—Gracias —le di un sorbo y le regresé la botella.

—Así es esta esquina —me dijo Iván—, todo para todos.

De pronto llegó una mujer. Morena, delgada y de cabello castaño —arreglado en una cola de caballo—, debía rondar los 30 años de edad, vestía pants y playera de algodón rosa. Venía acompañada de cuatro niños pequeños; todos tendrían menos de 6 años y parecían ser sus hijos. La joven interpeló a Iván:

—¡Míralo, pinche desaparecido!

—¡Brujo! ¡Eres un pinche brujo! —se giró Iván hacia Beto; según parece, su asistente había predicho que la mujer iría a buscarlo en cualquier momento de la mañana. Se llamaba Mariana.

—Pásate, pásate a la oficina —le dijo Iván, y todos reímos, incluida la mujer.

—Uy —respondió, e hizo una pantomima como si entrara a un lugar de suma solemnidad mientras se acercaba a nosotros.

Según la conversación, la noche anterior Mariana y los niños habían ido a buscar a Iván al hotel en el que se quedaba. Por ella es que averigüé cuál era, un detalle que Iván había preferido reservarse. La mujer preguntó por Iván en la recepción y, a pesar de ser un huésped permanente, nadie le dio información alguna ni de él ni de la habitación en la que se quedaba ni de su paradero, lo que me recordó mi desencuentro con la señora Tere.

Al no encontrarlo, Mariana rentó una habitación en el mismo hotel y el administrador la mandó al último piso.

—¿Pero tú dónde te quedas? —le preguntó ella a Iván, y él, todo un especialista en escabullirse, respondió elusivamente:

—Abajo, me quedo abajo. Y le explicó que quizá no lo encontró porque hay días en los que ya entrada la noche, y fuera de su horario de trabajo, regresaba a la esquina a “fumarse un toque”⁷ con los muchachos, lo cual parecía indicar que el consumo se extiende hasta altas horas de la noche.

Mariana agregó que tenía que arreglar unos pendientes pero que quizá regresaría por la tarde, y se despidió de Iván.

Justo cuando íbamos a reanudar la conversación, Beto gritó:

—¡Herbalife!

Iván se levantó de su silla, porque era uno de sus clientes, un hombre de mediana edad que conducía una camioneta verde que justo llevaba una estampa de la marca naturista en uno de sus vidrios, y me dijo:

—Si quieres siéntate en mi silla —pero yo decliné la oferta, me senté en la banqueta y fue Beto quien decidió ocupar el lugar vacío. En cuanto se fue, comenzó un cuchicheo acerca de la situación con Mariana, que empezó con un comentario de Lobo.

⁷ Cigarro de marihuana.

—Tiene razón el Iván, güey. Pareces pinche brujo, bien que sabías que esa ruca iba a regresar.

—A huevo, pues yo les dije que ésa era su tirada, se quería quedar con Iván nada más para ahorrarse lo del hotel —lo que a juzgar por el gesto de Beto implicaba intercambiar la estancia por favores sexuales.

Otra camioneta, esta vez azul, pasó frente a nosotros y el joven que la conducía saludó amablemente a Beto, quien nos explicó que era un amigo de la secundaria:

—Pero él si le echaba ganas, yo me subía al último piso para ponerme a fumar piedra⁸ —me contó que tiene sólo tres amigos de su época escolar y que los otros dos son un joven que vive en límite norte del barrio— pero sí tú crees que yo ando fumado, deberías ver a ese carnal. El otro es un joven que migró a Nueva York.

Lobo, implicando que estaba exagerando, hizo un comentario sarcástico:

—A Londres, Beto. Yo digo que se fue a Londres.

—¡No es mamada, güey! ¡De verdad se fue a vivir a Nueva York!

—respondió riendo.

⁸ Al *crack* también se le conoce como piedra. Consiste de una mezcla de clorhidrato de cocaína con bicarbonato de sodio y se fuma (a diferencia de la cocaína en polvo, que se inhala).

Un hombre que al parecer estaba al frente del local de chatarra, a unos pasos de nosotros, había salido a fumarse un cigarrillo y se paró justo detrás. Ya entrado en años, quizá pasaba de los 60, con el cabello completamente blanco, la barba también cubierta de canas, llevaba unos lentes de armazón redondo y muy pequeño que le daban un aspecto más avejentado a su rostro, en contraste con el resto de su macizo cuerpo. Vestía *jeans*, una playera blanca de algodón, botas de trabajo y una faja de cargador negra con tirantes. Su nombre, Efrén.

Beto empezó a contarnos que la noche anterior Iván se había peleado con un hombre al que apodaban el Chaquita, aunque aparentemente no llegaron a las manos. Lo que le parecía más divertido de la anécdota es que habían discutido por “una mamada”. El Chaquita le dijo a Iván que tomara de una Coca-Cola que compartían y a Iván no le agradó el tono de su compañero de fiesta.

—¿Cómo ves que no le voy a tomar? —respondió dando pie al conflicto.

Después del incidente, Chaquita agregó, al parecer con un tono infantil:

—Mañana voy a hablar con Iván y le voy a decir que, si ya no quiere ser mi amigo, le dejo de hablar y ya —la anécdota provocó risa en todos los presentes, pero se prestó a la reflexión. Efrén continuó mientras fumaba su tabaco:

—Yo ya les he dicho que cuando el Iván ya anda fumado se le va el pedo
—y Beto replicó:

—¿Verdad que sí, don Efrén? —y yo pensé que mi decisión de ya no presentarme de noche había sido completamente acertada.

Iván regresó después de haber cerrado su transacción y me pidió que volviera el martes para seguir con la entrevista. Yo le dije que sí, pero que acudiría el lunes por la mañana para recordarle de nuestra cita y así evitar que volviera a dejarme plantado. Él accedió, le pareció una idea prudente y asintió con la cabeza en repetidas ocasiones, como si al fin estuviera yo entendiendo algo de su dinámica de trabajo.

Nota 6

Tepito, Ciudad de México, lunes 19 de junio de 2017

Era lunes por la mañana y el barrio estaba particularmente tranquilo. Caminé hacia la esquina de Iván, donde prácticamente no había novedad. Pasé por una base de camiones en la que el checador y un joven acompañante fumaban un gran cigarro de marihuana. Mirándome, el joven dijo:

—La banda no se saca de onda, pero quién sabe qué diga la tira —y su comentario no estaba de más, porque esa base estaba tan sólo a unos metros de un retén improvisado con vehículos de seguridad pública, aunque estacionados, y no logré divisar a ninguno de los oficiales que los operaban.

Al llegar a la esquina me encontré a Beto sentado en la silla metálica plegable y a Iván de pie (llevaba una playera polo blanca con un estampado que simulaba ser dos grandes tatuajes tribales en posición vertical, de un estafalarario color plateado); estaban desayunando tacos. En medio de los dos había un banco

alto de madera que les servía de mesa y en el que habían colocado un “*tupper*”⁹ con tortas de pollo en jitomate y unas tortillas. Iván me reclamó sonriente:

—¡Qué! ¿Por qué no viniste el viernes en la noche? —y le respondí que no pasé porque no habíamos quedado en eso. Beto intervino en la conversación y le dijo:

—Acuérdate que quedaron en que se veían el martes, pero él te dijo que venía el lunes a avisarte, para que no se te olvidara.

Esto me sorprendió, porque Beto está permanentemente consumiendo alguna sustancia y, pese a ello, recordó la situación, cosa que no ocurrió con Iván, que olvidaba los días e incluso los acuerdos a los que llegábamos, lo que dificultaba que lleváramos a cabo, y en forma, la entrevista.

Iván y yo volvimos a pactar un encuentro. Una vez más, sería el martes a las 12 del día.

—Ni antes ni después —me dijo, y me recordó que si no lo veía en la esquina o enfrente podía acudir con doña Tere para encontrarlo desayunando. Me despedí y me marché del lugar.

⁹ Recipiente de plástico.

Nota 7

Tepito, Ciudad de México, martes 20 de junio de 2017

Acudí puntual a mi cita con Iván a las 12 del día. Una vez más, era martes y el barrio estaba prácticamente desierto. Eso no es lo único que se repetía. Una vez más, llegué a la esquina grafitada e Iván no estaba. Deambulé un buen rato por la zona pensando que sería una tarde perdida, hasta que noté que en el puesto de metal habían aparecido Beto y un adolescente que nunca había yo visto ahí. El chico debía tener cerca de 17 años, de estatura media (alrededor de 1.65 metros) y bastante delgado, su tez más bien oscura y los ojos muy amarillentos. Llevaba un pantalón de mezclilla gris, una playera de algodón, una sudadera negra con gorro y tenis para patinar. Jugaba con un *spinner*.

Me acerqué al puesto y los saludé amablemente; pregunté por Iván, pero Beto me dijo que no lo había visto para nada y yo respondí que iba a esperarlo un momento con ellos. Traté de hacer conversación casual mientras pasaba el tiempo. Caí en cuenta de que era la primera vez que me encontraba con alguien en la esquina y no estaba Iván como catalizador y eje principal del encuentro. Les pregunté acerca del puesto, si de verdad estaba abandonado o en algún

momento del día se utilizaba para vender. Ellos confirmaron que estaba abandonado, “hace un verguero”¹⁰ que nadie vendía ahí, aunque sus instalaciones funcionaban con normalidad, por ejemplo, en la estructura todavía había electricidad y ésa era una de las razones por las que era uno de sus sitios favoritos de encuentro, porque siempre podían poner a cargar sus teléfonos celulares y, debido a que algunos eran de los miembros más jóvenes de la calle, podían seguir chateando (por WhatsApp o Facebook) u oyendo música.

El adolescente le preguntó a Beto si trabajaba los martes y él le confirmó que no.

—Los martes nada más fumo; y eso que a mí me encanta el dinero —agregó. También me comentó que estaba muy crudo y yo le pregunté si estuvo tomando la noche anterior. Me miró con un gesto de extrañeza y me dijo que no le gustaba beber alcohol, que su malestar provenía de una noche entera de fumar *crack*. A juzgar por sus ojos amarillentos, su boca a todas luces reseca y su facha de cansancio, debía sentirse como la resaca de una juerga de alcohol elevada exponencialmente.

Tal vez en un intento por congraciarse con Beto y por sentirse parte de la vida clandestina de la esquina, el adolescente comenzó a contarnos cuál era el motivo de que se encontrara ahí esa mañana:

¹⁰ Mucho tiempo.

—Estoy esperando a un ruco que viene en un Jetta Azul.

—Ah, cabrón —le respondió Beto.

—Sí, me va a llevar a trabajar.

—¿A repartir “cosas” en las tiendas?

—Sí.

Una vez más apareció el eufemismo, porque es claro que las “cosas” que el adolescente y su jefe por el día iban a repartir eran ilegales. Algo parecido ocurría con el concepto de “tienda”, aunque habría que recordar que en la época de la “guerra contra el narco”,¹¹ los medios popularizaron el mote “narcotienda” o “narcotiendita” para los lugares de venta de droga al menudeo, echando mano, quizá también, del hecho de que muchos de éstos eran al mismo tiempo establecimientos comerciales de otro tipo, como tiendas comunes y corrientes o lugares de esparcimiento.

Beto armó con gran destreza un cigarro de marihuana con el grosor suficiente para pasar por un pequeño habano y jugaba con él, pasándolo entre

¹¹ Se denomina así la estrategia seguida por el presidente Felipe Calderón para combatir el narcotráfico entre 2006 y 2012. Su eje principal fue el uso de la fuerza y se manifestó en intervenciones directas del ejército a lo largo del territorio nacional, ya fuera para capturar narcotraficantes o para garantizar la seguridad de la población en entornos de plena desconfianza hacia otros cuerpos de seguridad. Aunque con diferentes énfasis e intensidades, se ha sostenido hasta nuestros días.

sus dedos. No lo encendió y eso me hizo pensar que no quería fumar en mi presencia. Otro joven se acercó hacia nosotros, había estado comiendo en el puesto de doña Tere, y Beto lo saludó diciendo: “¿Qué pasó, panzón?”. El joven respondía al nombre de Fer. Alto (quizá un poco más que Beto, debía rondar los 1.75 m), moreno claro y con una de esas complexiones que no lo hacían ver sólo pasado de peso, sino también fuerte (quizá pesaba unos 90 kilos o más); usaba el cabello muy corto y aun así se apreciaba que lo tenía ligeramente rizado. Vestía *pants* gris, playera anaranjada, tenis de basquetbolista y llevaba una mariconera blanca cruzada al pecho; también lucía tatuajes en ambos brazos.

Lo primero que Fer hizo antes de saludarnos con un choque de mano y puño fue eructar sonoramente. Nos contó que estaba desayunando con doña Tere y que se había quedado con un poco de hambre porque cuando estaba a punto de pedir una gordita, había aparecido otro hombre de la cuadra al que apodaban El Cejas. Agregó que El Cejas “le caga”¹² por ser sumamente arrogante y que el sentimiento era tan fuerte, que prefería no compartir alimentos con él; por eso pidió su cuenta y dejó el puesto de comida de inmediato.

¹² Le caía muy mal.

Fer sacó su celular y nos dijo que estaba esperando la llamada de uno de sus clientes, quería saber si iba a ir a comprar mota o no. Entonces caí en la cuenta de que ni Fer ni el adolescente que pasaron el tiempo con nosotros sabían quién era yo y, quizá por ello, hablaban con mucho más libertad de sus actividades ilegales. Fer preguntó si ya nos había contado la hazaña del día de la piedra, y explicó que “se rayó” porque había vendido siete gramos de *crack* y ganado 800 pesos, “nada más por ir aquí a tres cuabras”:

—Ocho-cien-tos-va-ros —dijo Fer pausadamente y con una gran sonrisa.

—Tsssss —respondió Beto asintiendo.

—¡800 varos! —me dijo el adolescente.

—Pues sí, es un cambio —respondí— y en un ratito.

—Así es este negocio —respondió Beto. Y ya que todos estábamos expectantes, Fer comenzó su anécdota.

—Llegó un culero en un coche y me dijo al chile: “Quiero piedra, ¿a cómo la pones?”. Y yo le dije: “a 350 el gramo”. Dijo que estaba cara y yo le respondí: “Te lo voy a poner en 300, ¿pero cuántos gramos vas a querer?”, y ya me dijo que siete. Como traía carro le dije que me acercara a la casa, me dio el dinero y yo me bajé del carro. En la entrada me dijeron: “¿Qué, qué? ¿Adónde vas?”, y yo les enseñé el varo: “A comprar, puto”, y en corto me dijeron: “Tssss, pásale”.

Fer agregó que con sus generosas ganancias ya había ido a comprar ropa nueva: *pants* y una playera. La lógica de los “mandados” parecía cada vez más nítida: ni Fer ni Beto ni el mismo Iván eran las “tiendas”, sino que fungían como enlaces o intermediarios con éstas. En el caso particular de la transacción narrada por Fer, conviene echar un ojo a la aritmética: siete gramos de *crack* pactados a 300 pesos dan un total de 2,100 pesos, de los que Fer se quedó 800, casi 40% del total por ser el enlace. Esto querría decir que la tienda se quedó con 1,300 pesos y que el gramo de ese *crack* en particular costaba directamente con ellos un poco más de 185 pesos. Aunque, seguro, como en la anécdota de Fer, pocas personas pueden entrar directamente a la tienda a hacer la transacción y al hacerlo se ponen en riesgo, por ello requieren del servicio de los enlaces, de alguien que “haga el mandado”.

Una pepenadora de complexión extremadamente delgada se acercó empujando un carro de supermercado; se apreciaba que había estado recogiendo botellas de PET. Nos saludó y le dijo a Beto que Iván había pasado temprano, preguntó por él y lo estuvo esperando; como no apareció, decidió marcharse. Era más que obvio que Iván había vuelto a plantarme, pero pensé que quizá no fuera del todo mentira que los martes resolvía algunos pendientes. Le dije a Beto que regresaba en una hora, sólo para cerciorarme de que Iván no hubiera regresado y pensara que era yo quien no se había presentado a la cita. Él dijo

que sí y que si aparecía le diría que había pasado a buscarlo. Me despedí de los tres y me marché.

Una hora después estaba de regreso y me encontré de nuevo con el adolescente, Beto y Fer, que cargaba su celular en el puesto de metal y les mostraba videos desde su cuenta de Facebook. Dada su lentitud al hablar, era por lo menos claro que Beto y el adolescente se habían fumado el cigarro de marihuana de hacía un rato. Beto me dijo que no había ni señal de Iván y que quizá no era seguro que apareciera por la esquina hasta ya entrada la noche, cuando regresaba a saludar y en ocasiones a fumar —tal como le había dicho a Mariana la semana anterior—. Pese a ello, les dije que si no les molestaba me quedaría un rato y me dijeron que no había problema; me senté en la banqueta junto al puesto.

Parecía que el hombre del Jetta azul que iba a darle trabajo al adolescente tampoco había aparecido por la esquina. El chico le preguntó la hora a Beto, él vio su reloj y respondió que ya era la 1:30 pm. El gesto llamó sobremanera mi atención, porque el chico traía puesto un reloj Casio plateado a la moda pero, mirando con un poco más de atención, me di cuenta de que su reloj marcaba las 4:28 pm; supuse que no funcionaba bien y que quizá el chico sólo lo usaba de adorno. El adolescente dijo que ya se iba y se despidió de nosotros con un choque de mano y puño.

Se escuchó un silbido y un grito, aunque no se apreciaba muy bien. Era una señora desde la cuadra siguiente; miraba hacia a nosotros y gesticulaba.

Beto estaba casi seguro de que era a él a quien buscaban. Fer le dijo:

—No alcancé a escuchar, porque traía los audífonos puestos.

—Y yo no alcanzo a ver, valemos verga —respondió Beto.

Beto decidió ir a cerciorarse y, al verlo marcharse con la señora, pareció tener razón. Fer y yo permanecemos solos en la esquina. Yo de pie, junto al puesto metálico; él sentado adentro, cargando la batería de su celular y viendo videos.

Un hombre muy delgado y con aspecto de obrero —con botas de trabajo, pantalón de mezclilla y faja de cargador— se acercó a nosotros y me dijo:

—Carnal, no tendrán que vendan aunque sea un toque. Traigo nada más 10 varos, dos monedas de a cinco.

La situación me sorprendió y sólo moví la cabeza para decirle que no. Miré a Fer y le hice un gesto con la cabeza como para preguntarle si él tenía algo que decir a la petición del hombre. Fer también movió la cabeza diciendo que no, pero agregó un gesto de repulsión a la mueca mientras agitaba el dedo índice de la mano derecha; el hombre se marchó decepcionado. Aproveché para dialogar con Fer acerca de su respuesta:

—¿Mota no? O ¿por qué?

—Sí hay mota.

—¿Pero qué? ¿Era muy poco?

—Sí, la bolsa cuesta de 50 pesos para arriba.

—¿Y en qué varía?

—Calidad y cantidad, obvio.

—Pero tú, ¿qué recomiendas?

—Yo no recomiendo nada, por mí que la gente compre siempre de a 100 pesos.

Tomé un billete de 50 pesos de mi pantalón y se lo ofrecí; le dije que ya que Iván me había plantado, quería aprovechar mi viaje para surtirme. Él sonrió y tomó el billete, pero durante el diálogo no quitó los ojos de su celular.

—Ahorita te la traigo —y luego me dijo mostrando la pantalla de su celular —mira este video, ¡está bien vergas!

Parecía que al fin habíamos roto el hielo. El video, que alguien le había compartido en su perfil de Facebook, mostraba a un hombre haciendo un enorme y colorido grafiti de letras bombachas. Fer me dijo que en el argot eso se conocía como una “bomba” y me contó un poco acerca de su realización, de cómo al contrario de muchas otras técnicas para pintar, en el grafiti primero se debía hacer el relleno de una pieza y después el delineado y otros detalles. Una pequeña tira en la pantalla le recordó que tenía 357 mensajes pendientes en

WhatsApp en más de 30 conversaciones; pareciera ser un joven bastante solicitado.

Desconectó su celular y salió del puesto. Me dijo:

—Ahí te encargo mi cargador —y se alejó caminando parsimonioso en dirección a la tienda, hasta que lo perdí de vista.

Decidí volver a sentarme en la banqueta junto al puesto, pero atento a su cargador de teléfono. Aunque la calle parecía vacía, uno nunca está exento de incidentes. Fer tardó unos 15 minutos en regresar y mi primer comentario tuvo justo que ver con eso. Me explicó, señalando hacia la “tienda” que observé la primera vez que Iván me plantó:

—Ahí sí venden mota, pero está bien culera. Te traje de una buena, cuesta 10 varos el gramo. Vas a ver, yo he sentado con esa a dos, tres güeyes que se creen bien marihuanos. Con un toquecito tienes.

Fer me dio una pequeña bolsa que contenía la marihuana y me pidió olerla. Yo me la puse en la nariz y la olí, pero me dijo:

—No, no, ábrela y huélela —seguí sus instrucciones. La marihuana era bastante aromática y tenía un ligero olor cítrico.

Le dije que olía bastante bien y él pareció contento por su buena elección. Guardé la bolsa en el borde de mis boxers recordando que de regreso tendría que pasar frente a un par de retenes de la policía. Nuestra conversación casual

continuó y le pregunté si vivía ahí. Él me miró con extrañeza y yo le dije que vivía en una unidad unas cuerdas atrás; me preguntó cuál y le di indicaciones. Al parecer había pasado la prueba, porque quitó el gesto de extrañeza, aunque de todos modos no me respondió.

La puerta de la unidad a la izquierda del puesto metálico se abrió y apareció un hombre maduro —debía rebasar los 50 años y su cabello ya pintaba canas—, vestido de manera formal: pantalón de vestir, camisa beige de manga larga y mocasines. Con un tono amable, dijo:

—Oye, Fer, dice mi mamá que si por favor puedes ayudarle a desatorar una de sus ventanas —luego me miró y dijo— no creo que nos tardemos, si quieres esperarlo en un momentito regresa —le respondí que no se preocupara, que de todos modos yo estaba a punto de marcharme. Me despedí de Fer y me fui.

Nota 8

Tepito, Ciudad de México, viernes 23 de junio de 2017

Debido a que Iván me había vuelto a plantar, empecé a contemplar la posibilidad de que en realidad no quisiera hablar, de que la confianza —recurso de suma importancia en la esquina— estuviera jugando como arma de doble filo: su amistad con el Pelón lo obligaba a aceptar de palabra la realización de la entrevista, pero en realidad sabía de los riesgos que conllevaba exponer los asuntos que ahí tenían lugar. Dada la obligatoriedad del encuentro, no podía rechazarlo de manera directa, pero sí podía darme largas esperando que en algún momento me rindiera. Es tan sólo una hipótesis de lo ocurrido, pero no me parece descabellada.

Otra posibilidad es que Iván sí estuviera dispuesto a conceder la entrevista, pero se encontrara realmente ocupado con su ritmo de trabajo y vida. Aunque sabía que necesitábamos tiempo y algo de privacidad para efectuarla, el escenario simplemente no jugó a nuestro favor. A esto podríamos agregar por lo menos otro par de elementos: el primero es el consumo de drogas, que lleva a pensar en el comportamiento de los adictos a las sustancias en general. En la

esquina nadie parecía poder mantenerse sobrio, pero tampoco nadie parecía aceptar literalmente que en tan sólo unas horas la pérdida de conciencia puede hacer mella en sus interacciones; su estado de conciencia no les impide aceptar planes en el futuro inmediato. En este caso, ello desembocó en esa suerte de paradoja que me planteó Iván al sugerirme que quizá sería más conveniente buscarlo por la noche, porque la realidad parecía contradecirlo: por las noches él ya no estaba en buen estado para responder y el ambiente de la esquina era todavía más sórdido y riesgoso, lo que me alejaba más de aquello que me acercaba a la obtención de información, por lo menos en forma de testimonios.

El segundo elemento tiene que ver de alguna manera con la subjetividad del propio Iván —en un sentido complejo del concepto—. Es como si estos hombres duros de la esquina estuvieran desprovistos de historia y la entrevista en profundidad justo planteara hacerla inteligible. Es un acto emocionalmente fuerte y que muchas veces precisa de cierta privacidad en aras de proteger al informante; nada de eso suena como algo que un viejo lobo del barrio aceptaría como un problema a resolver. Me parece que los dos breves momentos en los que Iván se abrió más pueden ser una muestra de ello: primero, cuando relató el acto que lo llevó a vivir en la calle y la causa de su caída más profunda en las adicciones, que fue la muerte de su madre; y, segundo, cuando narró esa suerte

de *vendetta* que lo llevó a la prisión en aras de librar a un familiar de las extorsiones que le imponía una madrina que trabajaba para la DIPD.

Decidí dejar pasar unos días para no presionar a Iván y me presenté la mañana del viernes siguiente. Iván estaba en la esquina formada por esa especie de delta donde estaba ubicada la Virgen, desayunando chilaquiles en el cofre de una camioneta; llevaba una playera blanca con un enorme San Judas Tadeo. Junto a él estaba Beto, notablemente drogado, mandando mensajes por WhatsApp, y el adolescente que fumaba hachís en mi primera visita, que de nuevo llevaba su *look* de surfista y estaba sentado en la silla plegable de metal, con la mirada perdida, como si nos viera desde una playa lejana en algún confín del planeta. En la contraesquina, unos oficiales de policía bajaron de su camioneta para desayunar en un puesto muy parecido al de doña Tere.

Saludé a todos amistosamente y le dije a Iván:

—¡Ya ves! ¡El martes me dejaste bien plancha!¹³ —y mi frase produjo una sonora carcajada de Beto.

La versión de Iván fue muy parecida a la de la semana anterior: había tenido que ir a dejar un encargo y se había ido a eso de las 11:30 am, que pasó a desayunar con doña Tere, y yo debí haberle preguntado a ella si lo había visto

¹³ Plantado.

pasar. Le dije que no había sido necesario, porque gracias a una pepenadora nos enteramos de que ya se había marchado del barrio.

Le planteé un nuevo acuerdo para el trabajo de campo, producto de mis reflexiones. Me parece que lo único que había dado resultado era responder a alguna pregunta puntual de manera breve y que eso podría hacerse en un tiempo y espacio bastante delimitados. De modo que yo podría acudir a la esquina e interrumpir sus actividades de manera transitoria, en días sucesivos, y si él así lo prefiriera, no consecutivos. A Iván le pareció que era una buena idea. Una vez más, me sugirió ir esa misma noche, pero casi de inmediato cambió de parecer y me pidió acudir el sábado por la mañana por ser un día en el que todo está muy tranquilo en la esquina. Parecía haber intuido que no quería acudir por la noche y, para ser franco, intuyó bien.

Del lugar de la esquina grafitada en el que estábamos, siempre me había causado curiosidad el edificio frente a nosotros. Es de tres pisos y está cubierto de grafitis y, por lo menos del lado que da hacia la calle, no tiene vidrios, lo que podría dar la idea de que estaba abandonado, pero en ocasiones previas había visto personas deambular por dentro. Le pregunté a Iván por el estatus del edificio y con un gesto de sorpresa me respondió que sí tenía dueño, que, de hecho, no sólo no estaba abandonado, sino que en el último piso había un gimnasio al que iban personas de las cuadras aledañas y que justo del lado que

nosotros podíamos observar estaban los cuartos en los que habitaban el dueño del gimnasio y su hijo.

—Pero ¿qué se entra por el otro lado?

—No. Se entra por ahí, ahí está el timbre —dijo señalando una gran puerta de metal con grafitis de rostros en un acabado bastante realista—, pero la puerta también se abre de un patadón, porque casi siempre se tardan un chingo en bajar. Eso también sirve por si te vienen correteando, la pateas y ahí te metes: es la tuza.¹⁴

Iván me explicó que la pared inmediata a la puerta tenía otro uso: “la cancha de frontón de la banda”, con medidas reglamentarias tomadas desde el castillo inmediato a la puerta hasta la esquina; cada extremo está custodiado por sendos grafitis: dos siluetas de boxeadores. Cada una de las figuras mira a la otra como si estuvieran a punto de iniciar un enfrentamiento.

Ese detalle me llevó a hablar de los grafitis que cubren no sólo la esquina, sino también las esquinas aledañas, porque todos me gustan y en general me parece que están muy bien hechos. Iván dijo que fue él quien había mandado a hacerlos. Pregunté quién era el autor y me respondió que amigos suyos, que no son mexicanos y por eso en la pared de la izquierda de la puerta se podía apreciar una burbuja que fungía como firma y en ella había seis colores de los que sólo

¹⁴ Un escondite.

tres eran de la bandera nacional. Parece que el *crew* bicultural era responsable de todos los grafitis en el edificio del que hablábamos y de la cuadra en la que nos encontramos, lo mismo que los rostros de otros edificios aledaños.

Nuestra discusión acerca de grafiti se vio interrumpida por la aparición de un automóvil. Era un Lupo plateado que llevaba los vidrios abajo y del que emanaba el éxito en boga de Ricky Martin y Maluma a un volumen que cimbraba la calle. El chofer era un hombre de unos 40 años, de tez blanca, cabello y bigote negros —aunque ya con algunas canas— y usaba lentes marca Ray-Ban de piloto. Bajó un poco el volumen de la música para saludar, gritando:

—¡Ya llegó la mona,¹⁵ en persona! —todos reímos e Iván respondió:

—¡Eres una mamada! —prácticamente al mismo tiempo Beto se acercó ágilmente a la ventana del copiloto, metió la mano, tomó 50 pesos del asiento vacío y fue por la mercancía. El hombre le gritó a Iván:

—¡Así soy y ya no me voy a componer! —y volvió a provocar una sonora carcajada en los presentes. Beto lanzó un pequeño paquete en el asiento, el hombre subió otra vez el volumen de la música y se marchó. Iván retomó la

¹⁵ Mona es un juego de palabras que se utiliza para designar la forma más común de consumir inhalantes, un pequeño fragmento de estopa empapado en *thiner*. Se trata de una herramienta común de los carpinteros, pintores u hojalateros utilizada para despintar con un movimiento vigoroso de muñeca, del que después tomó tanto su nombre, como su sinónimo: muñeca=mona.

conversación acerca de nuestro próximo encuentro y de las dificultades que habíamos tenido para realizar la entrevista, y me comentó:

—Aquí entre nos, tengo una vida muy ajetreada. Ahorita me ves aquí desayunando, pero nada más estoy esperando a que bajen y ya me voy. En corto me tengo que mover a llevar recados, dinero, cosas. —Dijo que casi siempre son mandados dentro de los límites del barrio, pero que en ocasiones puede ir a otras partes de la ciudad. Acordamos vernos al día siguiente, sábado a las 11 am en la esquina. Me despedí amistosamente de todos y me fui.

Nota 9

Tepito, Ciudad de México, sábado 24 de junio de 2017

Llegué al barrio a las 11 de la mañana, tal y como Iván me lo había pedido. Una vez más, especulé acerca de lo que podía llegar a ocurrir para impedir que lleváramos a cabo la entrevista. Lo primero que vino a mi cabeza es que a esa hora se estaba llevando a cabo un juego de futbol de la selección mexicana y que eso podía, de alguna manera, funcionar en mi contra. Aunque debo admitir que estaba en una fase de resignación, intuí que la respuesta de Iván volvería a ser negativa y simplemente quería corroborarlo, ver cuál podría ser la variante en el discurso de ese día. También quería hacer algunas observaciones propias del nuevo contexto que sabía que encontraría un día como ese.

En efecto, la cara del barrio era totalmente diferente en sábado, porque los fines de semana tiene lugar la mayor actividad comercial. Es como si en sábado todo mundo tuviera trabajo o algo que hacer. La esquina no era la excepción y lo que vi me sorprendió mucho, como si todos los hombres que solían pasar ahí el rato y hacer gala de sus adicciones estuviesen en una faceta por completo diferente, integrados en la vida comercial de los alrededores. Lobo

salió de la unidad habitacional, de la que Iván siempre entraba y salía, con un diablo atiborrado de cajas, seguido por dos hombres en las mismas condiciones. Se apresuraron a llevar esa mercancía a algún local. El Muñeco —el joven que nos contó la anécdota de cómo perdió su marihuana— también pasó jalando un diablo y cruzó una calle a toda velocidad.

Iván estaba en la esquina grafiteada, dormitando en su silla de metal plegable. Llevaba una playera blanca, a primera vista cubierta por manchas negras que de cerca eran diminutos rostros de Mickey Mouse, y llevaba una gorra que prácticamente le cubría el rostro. Beto estaba recargado en un automóvil, respondiendo mensajes de WhatsApp y comiéndose una sevillana, pero también dando instrucciones a sus clientes cuando llegaran acerca de cómo tenían que acomodar sus autos. Era la primera vez en todas mis visitas a la esquina en la que los vi en su faceta de franeleros. Desperté a Iván y lo saludé; él le dijo a Beto que atravesara en la banqueta uno de los autos que les habían encargado para poder dormirse en el cofre. Supuse que debía ser más cómodo que dormir en la silla, que por lo menos podría recostarse bien.

Decidí sentarme en el piso junto a Iván y conversar acerca de la razón por la cual estaba tan cansado; me dijo que la noche anterior se había ido de fiesta con unas muchachas. Le pregunté adónde había ido a cotorrear y él respondió en un tono cortante: “A otro lado”, con esa envidiable capacidad para

escabullirse de las preguntas. Desde el local de fierro viejo se escuchaba una radio con el partido de futbol. Iván me dijo que prefería no ponerle atención, porque cuando lo hacía, la selección mexicana perdía. Un matrimonio de la tercera edad bastante bien arreglado nos saludó al pasar y el hombre dijo:

—Mi Iván, se anda durmiendo en lugar de ver el partido.

—Lo estamos escuchando, patrón —pero casi inmediatamente volvió a quedarse dormido.

Fer pasó del otro lado de la calle con unas bolsas de comida, entró en la unidad habitacional en la que parecía vivir, y unos minutos después salió a sentarse en el puesto de metal y a cargar su teléfono celular. Yo lo saludé desde lejos y Beto sí cruzó la calle para saludarme con un choque de mano y puño. Un adolescente que nunca había visto apareció en la esquina; no me saludó ni me habló, sólo se recargó en un automóvil y nos miró a Iván y a mí. Pienso que quería hablar con Iván, pero no se animó a despertarlo y yo estaba en una situación bastante similar. El chico se fue.

Después de varios minutos, decidí despertar a Iván y preguntarle si quería echarle un ojo al block. Y contestó, como el *Bartleby* de Herman Melville, que “preferiría no hacerlo”. Me dijo que tenía una fuerte resaca y me pidió regresar ese día en la noche u otro día. Afirmó que el sábado por la noche el ambiente de la esquina era más festivo, porque salía más gente a fumar marihuana y que

algunos aprovechaban el puesto de metal para jugar baraja y apostar. Yo le dije que intentaría volver, aunque no iba a hacerlo, porque sabía lo que ocurriría de presentarme en la noche. También sabía que la entrevista no iba a efectuarse. Me despedí amablemente y crucé la calle. Fer estaba con una mujer que, a juzgar por su gran parecido físico, tenía algún parentesco con él; ella me dio los buenos días de manera sumamente amable y yo respondí de igual forma mientras seguía mi camino.

Conclusiones

A lo largo del presente material he tratado de describir de la manera más detallada mis vivencias en una esquina del barrio de Tepito, tratando de hacer inteligibles tanto la dimensión cultural del tráfico de drogas, como algunas de las experiencias de los que participan en éste. Habría que recuperar la complejidad de esa dimensión cultural más allá de los clichés, observando cómo esa clase de “mandados” se encuentran en medio de un repertorio mucho más amplio de prácticas que, en cierto sentido, tienen exactamente la misma lógica: Iván presta sus servicios para garantizar su supervivencia. Sus amigos, conocidos y vecinos, recurren a él por ser un miembro reconocido de la comunidad, alguien que quizás inspire más confianza que muchos actores o instituciones que se viven como ajenos.

Al respecto, me parece que el encuentro con Iván y la descripción de una parte de su forma de vida permiten dotar de una suerte de humanidad a los personajes que viven de las ganancias producidas por la venta de estupefacientes, modificando así la clave maniquea de los relatos que rondan nuestra cultura pública, dedicados a construir héroes o villanos a uno y otro lado de la ley. No tengo empacho en decir —porque es algo que yo mismo viví en el

terreno— que es difícil entablar una relación de empatía con alguien como Iván, pero hacer un esfuerzo para comprender su condición hace que, por lo menos en tanto lectores, reflexionemos acerca de cuáles más pudieron haber sido sus opciones al regresar al barrio después de más de una década de reclusión, en una ciudad y un país que siguen sin solucionar problemas básicos de pobreza y exclusión y que, en su lugar, han optado por políticas punitivas y soluciones individualizantes.

Para ser justo con el enfoque que este documento plantea —y tratar de romper con el maniqueísmo que permea la conversación pública—, debo señalar algunas de las limitantes del proyecto. La etnografía es un método que exige una buena inversión de tiempo para producir los mejores resultados, descripciones detalladas y análisis profundos acerca de las personas, de lo que hacen y las razones que creen que subyacen a tales prácticas. El tiempo invertido en la construcción de este diario fue bastante limitado en comparación con el canon —regresaré más adelante a esa cuestión— y constituye una invitación para seguir pensando en otros actores —policías, funcionarios, otros vendedores de narcóticos o los mismos comerciantes del tianguis—, que se ven más bien poco reflejados en los relatos que aquí se presentan y cuyos relatos y prácticas también llaman a ser explorados.

Las limitantes de tiempo no fueron producto de mis decisiones, salvo en los casos en los que consideré que realmente me estaba poniendo en riesgo; más bien, se derivaron del mismo ambiente de inseguridad y violencia del barrio. Como lo he señalado en el texto, el diálogo que Iván y yo entablamos en las calles podía vivirse como una traición para algunas personas con las que él realiza transacciones, poniéndonos en peligro a ambos. Ello terminó imponiendo un ritmo por completo diferente a la investigación y llamando a la flexibilidad del investigador y de sus propias estrategias para construir la información.

En un país en el que la violencia ha avanzado a un sinnúmero de ámbitos, ejercicios como el aquí presentado llaman a reflexionar acerca de estas limitantes para la producción de conocimiento, y para la creación de políticas públicas o de intervención que se sirven de éste. Quiero ser enfático al anotar que no se trata de un problema que únicamente implique a los etnógrafos con “vocación de pararrayos”, como yo me he descrito a veces humorísticamente. En la actualidad, una gran cantidad de investigadores que se dedican a temas mucho más clásicos como el trabajo, la salud o la educación, tienen graves dificultades para acercarse directamente a las personas y poder documentar problemáticas que con dificultad pueden modificarse si las condiciones para conocerlas no se garantizan.

Un área poco explorada en la investigación académica son los motivos por los cuales una parte de la sociedad apoya al crimen organizado. El Seminario sobre Violencia y Paz de El Colegio de México realizó una investigación en la delegación Cuauhtémoc de la Ciudad de México que incluyó la manera como trabajaba un vendedor de drogas en una esquina del barrio de Tepito. El estudio fue realizado por un antropólogo, de quien decidimos publicar su diario de campo porque en éste se confirma que, en el espacio público de la delegación Cuauhtémoc, la frontera entre la legalidad y la ilegalidad es tan difusa que su estudio permite acercarse a la manera como se construye capital social negativo en México.

Sergio Aguayo
Coordinador del Seminario sobre Violencia y Paz

DOCUMENTO DE TRABAJO
DEL SEMINARIO SOBRE VIOLENCIA Y PAZ



CONSEJO PARA PREVENIR Y
ELIMINAR LA DISCRIMINACIÓN
DE LA CIUDAD DE MÉXICO
COPRED



EL COLEGIO DE MÉXICO | Seminario sobre
Violencia y Paz